

espaldas a todo desarrollo, incluidos el técnico y el económico porque los sospechará, con acierto, penetrado de ideología. Dése en cambio a cada hombre la convicción fundada de que su obligación frente a la ley tiene sentido porque la exigencia del orden jurídico y del orden moral pesa por igual sobre todos, sin distinciones ni favoritismos; déjesele vivir con intuición que la justicia no está en las leyes que sólo lo parecen, sino en los jueces que efectivamente lo son; restitúyase cuanto se vive en la cultura y en la historia a sus moldes auténticos, y se promoverán en ese hombre todas sus capacidades y potencias, incluso las técnicas, que nunca le han faltado.

Una quiebra moral no se repara con cemento.

DIÁLOGOS · Revista del Departamento de Filosofía
Universidad de Puerto Rico Año III. Núm.
Septiembre de 1966 pp. 57-67

PARADOJAS DE LATINO-AMERICA: APUNTES DE UN VIAJE

Por GEORG H. FROMM

La paradoja fundamental de América Latina —paradoja desde la cual hay que partir para poder entender las demás que la realidad latinoamericana exhibe— estriba, a mi juicio, en la enorme discrepancia que existe entre la abundante riqueza material del territorio americano y la miseria abismal en que subsiste la gran mayoría de sus habitantes.

Por una parte, Latinoamérica posee una inmensa riqueza de recursos naturales. Basta señalar algunos ejemplos: América Latina tiene más terreno cultivable de alto rendimiento que cualquier otro continente y tiene tres veces más terreno cultivable *per capita* que Asia; posee las reservas de madera más grandes del mundo, y enterrados en sus tierras se encuentran vastos depósitos de prácticamente todos los metales de uso industrial —cobre, estaño, hierro, plata, oro, zinc, plomo, y muchos otros; posee además abundantes reservas de petróleo y un enorme potencial de energía hidroeléctrica, que están en su mayor parte sin explotar.

Por otra parte, las condiciones de vida de la gran mayoría de los latinoamericanos son espantosas, no importa bajo qué criterios o índices las evaluemos. Por ejemplo: de 200 millones de habitantes, 140 millones son campesinos que trabajan virtualmente como siervos; 70 millones viven para todos los efectos prácticos fuera del sistema monetario; 10 millones son analfabetos; 140 millones están alimentados deficientemente; 100 millones sufren de enfermedades endémicas, y cada año 2 millones mueren de hambre, enfermedades curables o vejez prematura.

Lo peor del caso es que estas condiciones espantosas no están mejorándose, sino que, al contrario, la evidencia señala que se están empeorando progresivamente. Por ejemplo, la América Latina produce y consume en la actualidad menos comida, *per capita*, que antes de la Segunda Guerra Mundial: ¡y se estima que su población aumentará de 200 a 600 millones de habitantes durante los próximos 40 años!

La razón de ser de esta discrepancia monstruosa entre la riqueza y la miseria en América Latina —discrepancia que describen estas estadísticas horripilantes y que el viajero puede constatar dolorosamente a diario en su tránsito por sus ciudades y campos— no se puede ni se debe buscar en presuntas idiosincrasias o deficiencias metafísicas, morales o psicológicas del hombre latinoamericano, sino más bien en las condiciones socio-económicas y políticas que prevalecen en esta región.

Presentar la situación actual de Latinoamérica en términos de una “quiebra moral” o de una “incomunicación existencial” —como han hecho mis colegas en este foro— es incurrir en uno de los vicios predilectos de los filósofos: la mistificación de la realidad. Mistificación funesta, porque impide la comprensión cabal de la verdadera naturaleza de los problemas y, por ende, contribuye a perpetuar la miserable condición presente de América Latina.

Si 140 millones de campesinos viven en condiciones de virtual servidumbre, esto no se debe a que estas personas adolezcan de una “quiebra moral” o semejantes fallas espirituales, sino que responde principalmente a la inicua distribución de la tierra que prevalece en América Latina: en promedio, menos del 5% de los propietarios poseen alrededor del 70% de la tierra cultivable. Lo que aplasta al campesino latinoamericano no es la falta de presuntos “valores morales”, sino la falta de tierra. Y lo que lo libraría de la miseria abismal en que está sumido no serán recetas éticas o terapias existenciales, sino primariamente una auténtica reforma agraria.

De la misma manera, para poder comprender por qué una región de amplios recursos agrícolas tiene que importar gran parte de la comida que consume y, aún así, dos terceras partes de sus habitantes quedan mal alimentados, no podemos recurrir a realidades ontológicas o cosas por el estilo, sino que tenemos que dirigirnos a las realidades económicas fundamentales de la región: a saber, el hecho de que durante los últimos cuatro siglos y medio, América Latina ha sido un satélite económico de potencias foráneas —primero europeas, ahora predominantemente los Estados Uni-

dos— y que, por consiguiente, sus riquezas han sido explotadas sin misericordia para beneficiar principalmente al poder metropolitano para detrimento perenne de la colonia misma —a excepción de la oligarquía criolla que colabora con la metrópolis en este proceso de explotación.

La necesidad de satisfacer ante todo los intereses metropolitanos trajo consigo inevitablemente toda clase de deformaciones de la economía de la colonia, entre ellas principalmente el fenómeno de la monoproducción: lo cual imposibilita que las colonias puedan satisfacer adecuadamente sus necesidades básicas, obligándolas a depender excesivamente de importaciones costosas.

En fin, el proceso de desarrollo del capitalismo europeo y norteamericano trajo consigo como complemento necesario del retraso y deformación económico-social de los satélites latinoamericanos. *Todo intento de comprender y modificar la realidad latinoamericana que haga caso omiso de este hecho fundamental, se condena necesariamente a la mistificación y la futilidad.* [Véase: Paul A. Baran, *Political Economy of Growth*, cap. V, especialmente; también Gunder Frank, “The Development of Underdevelopment,” *Monthly Review*, XVIII, 4].

Los males de que adolece América Latina son de tal calibre y magnitud que no es realista esperar que se puedan resolver a través de reformas internas del orden establecido, sino que estos males reclaman la transformación radical de sus estructuras básicas.

Por ejemplo, como antes he indicado, una reforma agraria verdadera y abarcadora es una condición indispensable para el desarrollo económico de Latinoamérica y para el mejoramiento efectivo de la espantosa situación actual. Pero resulta *inverosímil* esperar que las clases dominantes, que derivan amplios beneficios de la actual distribución de la tierra, vayan por sí mismos a sacrificar sus intereses privados por el bien de las masas campesinas indigentes.

La historia reciente de América Latina confirma ampliamente esta conclusión: basta sólo recordar los notorios fraudes de las “reformas agrarias” en Venezuela, Brasil, Colombia y Perú. No es un accidente que sea sólo en Cuba socialista que se está llevando a cabo una reforma agraria verdadera y *efectiva* (no como en México).

Por otra parte, el desarrollo económico que se necesitaría alcanzar para lograr mejorar efectiva y realmente la miserable situación de las masas latinoamericanas requeriría la independencia eco-

nómica de esas naciones, o sea, se necesitaría que se librara de su condición actual de satélites del capital norteamericano, pues esta satelitización al capitalismo foráneo necesariamente deforma y frustra el potencial de desarrollo de las economías nacionales.

Pero no se puede esperar que los capitalistas norteamericanos desmantelen por cuenta propia —o consientan con que se desmantele— su imperio económico para beneficiar a los pueblos latinoamericanos. Como apuntaba ya Lenin en su *Imperialismo*, tales derroches de altruismo por parte de los capitalistas existen sólo en la imaginación de reformistas sentimentales...

Me parece, además, inverosímil también esperar que las "burguesías nacionales" latinoamericanas vayan a querer disolver las relaciones existentes con el poder metropolitano. Es cierto que existen rivalidades y diferencias de intereses entre los capitalistas nativos y los extranjeros, y es probable que los primeros resientan en cierta medida su condición subordinada a los otros y quisieran poder tratarse de igual a igual con sus contrapartidas extranjeras. Pero es muy dudoso que los capitalistas nativos estuvieran dispuestos a arriesgar los múltiples y abundantes beneficios que obtienen del estado actual de cosas para satisfacer sentimientos de honor nacional o patriotismo.

Y muy especialmente porque la burguesía nacional comparte con el capitalista foráneo el temor a una revolución "desde abajo", una movilización de las masas campesinas y obreras: ante este espectro, los capitalistas nativos y extranjeros cierran filas resueltamente para defender el orden existente.

Ahora bien: si el orden establecido es incapaz de corregirse efectivamente a sí mismo, ¿cuáles son las perspectivas actuales para cambios revolucionarios en América Latina?

Parecería, por una parte, que las condiciones objetivas están lo suficientemente maduras como para propiciar transformaciones radicales. Y, en efecto, el viajero puede percibir al transitar por distintas regiones de América Latina un clima general de desasosiego, de incertidumbre, de expectativa. Es esta una impresión muy difícil de precisar, que se destila de múltiples incidentes particulares.

Invariablemente las conversaciones llegaban, tarde o temprano, a articular de una forma u otra el sentimiento de que "las cosas no pueden seguir así indefinidamente", "esto tiene que explotar uno de estos días", etc. Además: la ubicuidad del ejército —armado con ametralladoras— en Maiquetía y Caracas; la cautela con

que las clases medias urbanas salen a la calle en Bogotá una vez que cae la noche; la manera excesiva en que el gobierno y la prensa del Perú reiteraran que han sido totalmente aplastados los brotes revolucionarios del campesinado del interior... Estos y muchos otros fenómenos parecidos apuntan hacia un estado de inquietud general, de desvelo colectivo por un futuro dislocador y violento que se siente inminente.

Me llamó particularmente la atención la obsesión que por todas partes había por el paradero de Ché Guevara. Periódicamente surgían nuevos informes y teorías sobre las supuestas actividades del revolucionario en los lugares más diversos del continente americano. Parecería que en el misterio del Ché se cristalizaran todos los temores al igual que todas las esperanzas de que el continente americano esté encaminado hacia un futuro revolucionario.

En suma: los países que pude visitar dan la impresión de vivir en vísperas de grandes convulsiones históricas.

No obstante todo esto, me parece que las perspectivas presentes de que puedan lograrse cambios revolucionarios en un futuro relativamente cercano en América Latina son, de hecho, bastante pobres. Hay varias razones para esto.

En primer lugar, aunque las cosas van decididamente mal, los gobiernos de los países más importantes no están todavía al borde del colapso y poseen amplios recursos y medios represivos para tratar de contener los brotes revolucionarios. Además, los Estados Unidos han aprendido la lección de la experiencia cubana y están empeñados en no permitir que se repita, por lo cual están dispuestos a intervenir en la medida en que sea necesario para preservar el *status quo*. Los casos de Venezuela durante sus elecciones, de Perú y Santo Domingo, ilustran esta nueva política norteamericana.

La razón principal, sin embargo, para el pronóstico pesimista estriba en la debilidad de la mayoría de los grupos de izquierda o revolucionarios en los países que pude visitar. Esto requiere una aclaración inmediata.

Comparada con la minúscula y anémica izquierda puertorriqueña, la izquierda latinoamericana es, sin lugar a dudas, muy fuerte e impresionante, tanto en términos de números como de militancia o de capacitación política. Pero la izquierda latinoamericana es todavía relativamente débil cuando se la mide con relación a las vastas tareas que tendrá que cumplir para poder transformar radicalmente a América Latina.

En este sentido podría decirse que las "condiciones subjetivas" de la revolución latinoamericana están considerablemente rezagadas con relación a la maduración que ya han alcanzado las "condiciones objetivas".

Las causas concretas de la debilidad de los movimientos de izquierda varían de país a país: aquí sólo podré discutir de manera breve y esquemática mis impresiones de tres países: Chile, Argentina y Perú, que presentan situaciones especialmente paradójicas.

En Chile, aparentemente, se dan condiciones óptimas para la transformación del orden establecido. Tiene en la actualidad un gobierno demócrata cristiano con una orientación política liberal-reformista, y la extrema derecha goza de un descrédito general; en las últimas elecciones presidenciales el candidato conservador logró obtener apenas el 5% de los votos y encuestas de la Universidad de Chile revelan que el apoyo popular a los partidos conservadores ha mermado desde 18.7% en 1961 a 4.8% en 1964. Además —y esto es muy importante— el ejército chileno tiene una larga tradición que se remonta hasta 1932 de no intervenir directamente en el proceso político y de respetar el orden constitucional; por otro lado, sin embargo, el ejército y la policía consumen alrededor de 25% del presupuesto del gobierno.

Debido a estas condiciones políticas liberales, la izquierda chilena no está obligada a trabajar clandestinamente bajo la amenaza constante de represión, sino que posee dos partidos que disfrutan de reconocimiento legal —el Socialista y el Comunista— y que cuentan con apoyo popular considerable, como demuestran las últimas dos elecciones presidenciales.

Para el visitante que llega procedente de Puerto Rico, le resulta muy acogedor y admirable el ambiente político sofisticado y tolerante que prevalece en Chile. Es muy agradable estar en un país donde no impera una histeria desenfrenada en torno al socialismo o comunismo, donde —por ejemplo— uno de los principales candidatos a la Presidencia del país puede ser amigo personal de Fidel Castro y Ché Guevara y puede simpatizar abiertamente con las revoluciones socialistas, inclusive la revolución china. Es también muy bonito y simpático poder asistir a numerosos actos sociales donde se mezclan personas de las orientaciones políticas más divergentes, desde ultraconservadores retrógrados hasta socialistas empedernidos.

Aunque esta gran liberalidad política resulta agradable y re-

frescante, especialmente para quien está acostumbrado a climas políticos más glaciales, no deja de ser también algo frustrante. Se hace difícil evitar la sospecha de que esta gran tolerancia de las concepciones políticas más opuestas se basa en que, en el fondo, las divergencias u oposiciones no se toman muy en serio por ambas partes.

En otras palabras, me parece que la tolerancia prevaleciente en Chile se funda en la convicción mutua, aunque no necesariamente consciente, de que a fin de cuentas ambas partes aceptan —con matices distintos— la perduración del orden existente. O sea, si el capitalista y el socialista se llevan tan bien es que ambos reconocen que, en el fondo, ninguno presenta una amenaza real y fundamental para el otro.

En suma: me parece que el socialismo chileno es un socialismo aburguesado, mientras que la burguesía chilena tiene una conciencia social considerable. Así pues, ambos grupos se encuentran en el centro y ahí se estancan: y con el estancamiento de la actividad política, perdura incólume el estancamiento socio-económico de Chile.

El verano pasado ya se habían disipado en gran medida la euforia y expectativas iniciales que había provocado el gobierno demócrata-cristiano de Frei al tomar el poder: el sentimiento general prevaleciente parecía ser uno de frustración... y resignación. En sus condiciones presentes, los partidos de izquierda no ofrecen, a mi juicio, alternativas fundamentalmente distintas a la política actual del gobierno, sino más bien sólo diferencias de énfasis y enfoque.

No me parece que se pueda considerar al partido Socialista como representante de un movimiento obrero militante, a pesar de los sentimientos revolucionarios que pueda expresar individualmente su candidato presidencial, Salvador Allende. El liderato del partido es en gran medida de extracción burguesa y su orientación y estrategia de acción corresponden más bien a principios socialdemócratas, reformistas y pragmáticos.

Paradójicamente, por otra parte, el partido Comunista en Chile es a lo sumo menos militante que el partido Socialista, al extremo de que su comité central ha expresado que la revolución cubana es algo políticamente perjudicial porque tiende a ahuyentarle votos potenciales al partido entre las clases medias chilenas. Allende,

por lo menos, ha manifestado su adhesión inequívoca y su apoyo a la revolución cubana.

Ambos partidos enfatizan los medios legales y parlamentarios de acción política, argumentando que una posición más militante sería contraproducente debido a la tradicional "estabilidad institucional" de Chile. Ambos partidos confían poder llevar a cabo sus metas dentro y a través del proceso parlamentario.

Me parece infundada esta confianza enorme que colocan estos partidos en la estabilidad política y la "inviolabilidad" del orden constitucional. No niego el valor de las luchas parlamentarias y legales, pero me parece que no podemos cegarnos a la posibilidad de que este orden constitucional sea minado tan pronto comience a tratar de producir cambios radicales que perjudiquen directamente a los poderosos intereses económicos prevalecientes. El temor que difundió el Departamento de Estado norteamericano dentro y fuera de Chile ante la mera posibilidad de que triunfase Allende en las elecciones pasadas es un buen indicio de lo que sucedería si un gobierno chileno tratase efectivamente de introducir cambios radicales en las estructuras socio-económicas del país.

La *izquierda argentina* presenta un cuadro verdaderamente patético. Extremadamente débil y fragmentada, tiene que sobrevivir —contrario a lo que ocurre en Chile— bajo un clima político hostil y reaccionario. Se podría quizás argumentar que esta situación difícil por lo menos promueve la radicalización de los movimientos de izquierda argentinos, ya que les permite albergar menos ilusiones reformistas. Pero sus posibilidades efectivas de crecimiento y fortalecimiento están enormemente restringidas por el fenómeno del peronismo.

La tragedia de la izquierda argentina reside en que la clase obrera se desarrolló y entró activamente en el escenario político bajo una "falsa conciencia", o sea, detrás de un liderato burgués-militar, con una ideología vaga y confusa pero predominantemente reformista y con una estrategia de alianza de clases y, ante todo, oportunista.

Esto le plantea un dilema horrible a los izquierdistas argentinos: o integrarse al movimiento peronista y, por ende, participar en una política reformista y oportunista, claudicando sus principios revolucionarios, o salvaguardar la integridad de sus principios políticos y condenarse al aislamiento, a la carencia de una base popular. Enajenada de las masas obreras, la izquierda argentina dedica

gran parte de su energía a interminables y bizantinas luchas sectarias, fragmentándose en una gran cantidad de pequeños grupos rivales, extremadamente celosos cada uno de ellos de su "pureza" ideológica; otros se resignan a esperar tiempos mejores, confiados en que la eventual desaparición del caudillo alterará esencialmente la situación.

Para quien llega a la Argentina procedente de Puerto Rico, le es harto familiar el doloroso espectáculo de una izquierda que ha perdido gran parte de su base popular, que despilfarra gran parte de su energía en mezquinas luchas entre sí, y que cifra muchas de sus esperanzas en la desaparición eventual del líder adversario.

En Perú, las condiciones materiales son tan brutales, la división de clases es tan extrema y monolítica (a saber, una polarización prácticamente absoluta entre una pequeña oligarquía y una gran masa indigente constituida mayormente por indios) que la izquierda no puede gastarse el lujo de ilusiones reformistas, tales como la de pretender mejorar significativamente la situación a través de la acción legal o parlamentaria. Y, como es sabido, desde hace ya varios años han habido varios intentos de movilizar al campesinado —la inmensa mayoría de la nación— para una lucha revolucionaria. Estos intentos han sufrido serios reveses y las perspectivas para el futuro inmediato son muy pobres.

La izquierda peruana no tomó en consideración suficiente la cantidad de recursos represivos de que disponía el régimen existente. En particular, no tomó en cuenta en la forma debida el hecho de que los Estados Unidos, en su empeño de evitar la repetición de la experiencia cubana, suministraría amplias cantidades de toda la gama de implementos contrarrevolucionarios modernos, tales como helicópteros y napalm. Los brotes revolucionarios campesinos del '63, '64 y '65 fueron aplastados en gran medida feroz e inmisericordemente.

A esto se añade otro factor importante que debilita considerablemente a la izquierda peruana, a saber, el llamado "problema del indio". Para todos los propósitos prácticos, el indio vive completamente enajenado de la civilización occidental contemporánea, a excepción de las supersticiones que le inculca y fomenta el clero católico. Esto hace extremadamente difícil, por consiguiente, la comunicación entre los líderes y cuadros principales de los movimientos de izquierda (que tienden a proceder de las zonas urbanas) y

las masas indígenas que quieren organizar y movilizar hacia la acción revolucionaria.

Ya que menciono el problema de la incomunicación con el indio quisiera recalcar una vez más que este problema, al igual que los discutidos anteriormente, no puede analizarse adecuadamente desde una perspectiva exclusivamente ética o filosófica. Es indudable que la condición del indio es radicalmente inícuca: pero hay que ir más lejos, hay que indagar por qué prevalece esta injusticia garrafal. Y la contestación será, en última instancia, el sistema económico-social actual. No se trata de una cuestión teórica, sino de carácter eminentemente práctico.

Sólo si nos dirigimos resueltamente a cambiar el orden socio-económico prevaleciente podremos aliviar de una manera realmente efectiva los horribles males que agobian al indio de Latinoamérica. El peruano Sebastián Salazar Bondy ha expresado esto de manera ejemplar:

...el llamado 'problema del indio' no es uno de preparación educacional, higiénica o técnica, pues aún el entrenamiento más rudimentario le dará un conocimiento perfectamente inútil. Para uno que vive en tal miseria, el jabón es algo exótico o superfluo; y la educación agrícola no significa nada para quien es meramente un esclavo en una hacienda. El problema es sobre todo económico, y sólo una verdadera reforma agraria —no del tipo demagógico, y ficticio, como las de Perú, Venezuela o Colombia, que sólo promueven los intereses de las oligarquías... puede preparar el despertar del pueblo indígena de su profundo sueño.

He concentrado mi atención sobre los aspectos negativos de la situación actual de la izquierda en estos tres países pero ello no quiere decir que no existan algunos elementos positivos —por ejemplo, aún en Perú, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, después de los desastres de 1965, ha comenzado a reorganizarse lentamente y hasta participar en algunas escaramuzas con las tropas del gobierno.

Por el momento, sin embargo, la reacción lleva la voz cantante en América Latina y no tiene sentido negar esta realidad con vaticinios entusiastas y optimistas: éste ha sido un error demasiado frecuente dentro de las filas de la izquierda. Resulta doloroso, por ejemplo, leer hoy los manifiestos ingenuamente optimistas que lanzó el

MIR —véase el manifiesto de Luis de la Puente Uceda en *Monthly Review*, XVII, 6— pocas semanas antes de que fuera apabullado por la feroz represión del gobierno en el otoño de 1965.

Si he destacado aquí, al hablar de las paradojas de América Latina, el problema de las perspectivas para cambios radicales de la sociedad y sus correspondientes sistemas económicos, es que creo que *como seres humanos* no podemos desentendernos, no podemos quedar indiferentes ante la miseria de gran parte de nuestros hermanos latinoamericanos. *Además —y esto no es menos importante—, me parece que de la realización del proceso revolucionario latinoamericano dependen en gran medida las posibilidades efectivas de que Puerto Rico logre eventualmente liberarse de su condición colonial presente.*